

Día intenso

Autor: Soloyo

Categoría: Adultos / eróticos

Publicado el: 05/02/2026

El frío del mar de enero del 2026 se me metió hasta los huesos mientras me quitaba el neopreno junto a mis dos amigos en la playa. Con cincuenta y cinco años, mi cuerpo ya no responde como antes al estímulo del agua helada, y eso fue evidente cuando me despojé del bañador. Allí estaba, ante mis ojos, algo que me dejó sin aliento: mi polla, normalmente de unos respetables cuatro o cinco centímetros en reposo, se había reducido a apenas dos centímetros, pareciendo más una alubia arrugada que un órgano masculino. Mis testículos se habían encogido tanto que casi desaparecían bajo la piel fría. Rápidamente, me cubrí con la toalla que llevaba, sintiendo una vergüenza profunda al imaginar que mis compañeros pudieran estar viendo mi falta de virilidad en ese momento.

No dije nada, y aparentemente ellos tampoco notaron el espectáculo patético que ofrecía. Nos cambiamos rápidamente, y aunque intenté tocarla para estimularla y devolverle algo de dignidad, permaneció pequeña y flácida. El resto del día, mientras regresábamos a casa, me olvidé del incidente, atribuyéndolo simplemente al frío excesivo y a la edad avanzada.

Pero al llegar a mi apartamento moderno, con sus grandes ventanales que dan al mar, el recuerdo volvió con fuerza. No solo eso, sino que inesperadamente comenzó a excitarme. Siempre he tenido una fascinación particular con las pollas masculinas, desde que era joven. Aunque me identifico como heterosexual, hay algo en la forma, el tamaño y la potencia de un pene erecto que me atrae profundamente. He pasado horas mirando en los vestuarios del gimnasio, comparando mentalmente tamaños, admirando las erecciones que otros hombres ocultaban mal en sus pantalones deportivos.

En mi larga vida sexual, esta obsesión ha tomado formas interesantes. Con mis parejas, siempre he insistido en ver pornografía juntos, pidiéndoles que describan en detalle las pollas de sus antiguos amantes, qué características las hacían especiales. Incluso he animado a algunas a tener aventuras extramatrimoniales, disfrutando de los relatos detallados de sus encuentros, preguntándoles constantemente sobre el tamaño, la forma y el rendimiento de sus amantes ocasionales.

Pero mi mayor secreto, lo que realmente me excita, es la sumisión. No la sumisión tradicional

femenina, sino la mía propia hacia el poder de la masculinidad. Durante los últimos años, he desarrollado una práctica íntima que me proporciona un placer único: me dedico a explorar mi lado femenino y mi deseo de ser penetrado. Tengo una colección de juguetes anales: tapones, dilatadores anales, y especialmente dildos realistas, algunos tan detallados que imitan perfectamente la anatomía masculina. Incluyendo algunos de aspecto canino e incluso equino, lo que añade un elemento transgresor a mis juegos privados.

Mi polla, que en erección alcanza los catorce centímetros, pero con un grosor considerable de cinco centímetros, ha sufrido las consecuencias de mis prácticas. El uso prolongado de jaulas de castidad, especialmente las más pequeñas que poseo, ha afectado su desarrollo natural. Algunas veces he participado en comunidades online dedicadas al SPH (Size Progress Hypertrophy), compartiendo fotos de mi miembro en estado flácido, buscando validación y consejos para aumentar su tamaño.

Hoy, el incidente en la playa me ha excitado tanto que decidí ponerme una de mis jaulas de castidad más estrechas. La cerradura hizo un clic satisfactorio al asegurarme, prometiéndome días de frustración sexual que solo aumentarán mi deseo. Probablemente no me liberaré hasta el lunes, disfrutando de cada segundo de esta privación autoimpuesta.

Mientras me miro en el espejo del dormitorio, veo a un hombre maduro con una sonrisa traviesa en los labios. Mi polla atrapada en la jaula de metal brillante me recuerda quién tiene el control. Mañana compraré ropa interior femenina, unas medias de seda y un corsé ajustado. Esta noche, mientras me masturbo con uno de mis dildos favoritos, imaginaré que es una polla humana real la que entra en mí, grande, cálida y dominante.

El teléfono vibra en la mesa de noche. Es un mensaje de mi amiga Laura, con quien he tenido relaciones abiertas. “¿Qué haces?”, pregunta. Sonrío y respondo: “Pensando en ti y en esa gran polla de tu nuevo novio”. Sé que la descripción que me dará más tarde será detallada y explícita, exactamente lo que necesito para alcanzar un orgasmo intenso mientras mi propio pene permanece encerrado y vulnerable en su prisión de metal.

Esta es mi realidad, mi secreto más guardado. Un hombre de mediana edad que encuentra placer en la humillación y la sumisión, que sueña con ser penetrado por pollas grandes y fuertes, que disfruta siendo tratado como una mujer en sus fantasías más oscuras. Y lo mejor de todo es que nadie lo sabe, excepto yo mismo y las personas que comparten estos juegos conmigo.

Me acuesto en la cama, sintiendo el metal frío contra mi piel sensible. Mañana compraré más accesorios, más ropa interior femenina, más juguetes para continuar mi viaje de autodescubrimiento. Por ahora, solo quiero dejarme llevar por la excitación que me produce saber que mi polla está prisionera, mientras mi mente vaga libremente, imaginando todas las formas en que puedo entregarme completamente al placer de ser usado como una sissy complaciente.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Soloyo](#)

Más relatos de la categoría: [Adultos / eróticos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)